Ante un Centenario

Carlos Marx y el Manifiesto Comunista

Un centenario. Después de luchas sin cuento, por fin la decisión tomada por la Federación de los Comunistas en Londres y el año 1847, cristalizó en el **Manifiesto Comunista de 1848,** redactado por Marx y Engels. Se ha cumplido, pues, el primer centenario: 1848 - 1948. Al cabo de él, puede decirse que tal vez muchos no sabrán el nombre de sus autores, ni los principios en él asentados. Lo que es indudable y puede afirmarse rotundamente es que las ideas de ese Manifiesto se hallan diseminadas por todo el mundo, discutidas en todas partes, asimiladas por enormes muchedumbres y ocupando la atención mundial. Al principio se miró ese folleto con indiferencia ¡uno de tantos! pero en la actualidad viene a ser en el campo social lo que la bomba atómica en el mundo físico.

Carlos Marx. Difícil resulta encerrar en pocas líneas la biografía accidentada de este hombre. Nacido en Tréveris Alemania, en los primeros lustros del siglo XIX, 1818, muere en Londres el 14 de Marzo de 1883.En este espacio de tiempo se desliza su vida, siempre en lucha y casi siempre saturada de acíbar. Hijo de judíos, la conversión de su padre y familia al protestantismo, no causó en él efecto positivo y tal vez tenga razón el biógrafo que nos lo presenta como un "evangélico ateo". Por más que su familia se empeñó en que estudiara Derecho y en parte cedió, sus inclinaciones con todo le arrastraban hacia la Filosofía y Sociología. Por naturaleza dado a la disquisición y análisis de las ideas, fácilmente vivía en la abstracción y apenas se cuidaba de la vida práctica. Repetidas veces hubo que llamarle la atención sobre esa tendencia que fué en gran parte causa de sus desastres familiares y de su constante miseria. La hija del Barón de Westfalia, Juanita, bellísima joven, se prendó de él y contra los deseos de la familia aristocrática, consiguió unir su suerte a ella el año 1843, contando él a la sazón 25 y ella 29 años.

Los estudios en Bonn y Berlín le absorben por completo y nada le puede distraer de ellos. El Derecho y la Metafísica y las Matemáticas eran sus estudios favoritos; mas no por eso era extraño a las emociones del arte ni a los halagos de la poesía. Con ella alimentaba el sincero afecto de la novia pero, idealista empedernido, no caía en la cuenta que la realidad de la vida, exigía otras manifestaciones. Su padre fué quien previó la futura catástrofe familiar y al enrostrarle su falta de preocupación ante los problemas de la vida, le recordaba las obligaciones contraídas con su prometida.

Su personalidad rebelde, vigorosa, impetuosa no se sometía fácilmente. Sentía dentro de sí una vocación decidida por la cuestión social, por la humanidad. No temía nada ni a nadie; todo lo iba a arrostrar; los sacrificios no contarán en sus determinaciones. Lee, estudia y devora libros sin descanso y, hasta cuando su salud quebrantada exige por prescripción médica un reposo, todo lo dejará a un lado menos el estudio que lo prepara para el futuro. En Berlín le seduce la filosofía de Hegel y traba amistad con profesores que aprecian su capacidad de

trabajo, su tenacidad y su autonomía en el pensar.

Vida agitada. Doctorado a fuerza de instancias en 1841, se encuentra como Redactor-Jefe de la "Gaceta del Rin". Su pluma acerada, su verbo cáustico se ensaña en el Gobierno que mantiene la censura sobre la Prensa. El fondo y forma de sus artículos es por días más agresivo hasta que en vista de mayores peligros que amenazan, tiene que retirarse de la dirección del periódico.

Busca en París espacio más amplio y libertad más segura, pero su vocación le lleva a continuar escribiendo en los "Anales franco-alemanes" y a estudiar el socialismo; tema que apenas había desflorado y que de una vez por todas quería estudiarlo muy a fondo. Sus ojos se fijaban escrutadores en la miseria social del pueblo y buscaba inquisidora su inteligencia las fallas de las constituciones y de las leyes. A orillas del Sena conoció a los prohombres del socialismo; al anarquista ruso Bakunin; a Proudhon, el enemigo de la propiedad; al soñador Cabet y de vez en cuando consagraba sus horas y días a Henrique Heine, cuyas poesías en amable tertulia criticaba, comentaba y corregía. Cortas fueron sus labores de escritor, pues por sus ataques al Gobierno es desterrado hallando albergue con su familia en Bruselas. Su estancia aquí es corta; por presiones del gobierno prusiano es expulsado, pero París, en manos ahora del Gobierno provisional (1848) le ofrece generoso asilo.

A las pocas semanas corren rumores de revolución en Alemania y con varios líderes se presenta en Colonia y desde la "Nueva Gaceta del Rin" comienza su labor de prensa, fomentando la revolución. El periódico es suspendido, Marx procesado; ante los tribunales expone sus doctrinas con libertad y esto le vale un nuevo destierro. Pero antes tiene que arreglar todos los pagos atrasados del periódico y sin tomar en cuenta su propio cargo ni los intereses de la esposa ni de los hijos, paga con los bienes de su mujer las deudas y sale para París.

En Londres. En 1849 aparece en Londres, sin preocuparse gran cosa de los graves problemas familiares y consagrado al estudio tenso y febril de los economistas ingleses. Medio desarrapado y hambriento se le ve constantemente en el British Museum, recopilando datos y sistematizando ideas para diversos artículos que publica, como corresponsal en el New York Times y que habían de tener su expresión definitiva en su obra "EL CAPITAL". De sus manos salió el primer tomo (1867) pero el segundo y tercero (1885) son en gran parte obra de Engels que se valió de los materiales amontonados por su compañero de fatigas.

Pero Marx no se contentaba con el estudio; trataba de llevar sus ideas a la práctica. Para ello necesitaba el respaldo de las masas cuya causa defendía y por el año 1862 aprovechando la apertura de la Exposición de Londres, establece contactos entre los obreros franceses e ingleses, con la idea de extender más tarde la organización a todo el mundo, en favor de los intereses de los trabajadores.

Nadie puede alarmarse ante este movimiento que en todo aparecía justo y razonable, pero cuando se nombró un Comité y éste pidió a Marx la redacción de los Estatutos para la Asociación Internacional de Obreros, su obra era radicalmente socialista y revolucionaria. Aprobados esos estatutos en el Congreso de Ginebra (1866) a su desarrollo y organización dedicó Marx sus energías, solo que las disensiones internas que surgieron en la Asociación entre sus ideas y las del anarquista ruso Bakunin, le contrariaron seriamente. No fueron tranquilos y agradables los años que pasa al frente de la Asociación Internacional de 1864 a 1872. Nuevo eclipse sufre en el Congreso de Gotha (1875); su autoridad no consigue imponerse y votan en Alemania los dos grupos de obreros lasallianos y eisenaquianos, la proposición de trabajar en íntima colaboración con tácticas y concesiones mutuas que el patriarca las calificaba de vergüenza para el partido. A pesar de todo, sus ideas y tácticas se abrieron paso definitivo en el Congreso de Erfurt (1891). Plenamente aceptada su ideología, el Manifiesto Comunista y el Capital, se con-

vierten en la Biblia de la mística socialista.

En medio de tantas luchas y desastres su puerto de refugio era el estudio. En los libros se sumergía y olvidaba los azares de la lucha, los quebrantos de la familia y las molestias de la enfermedad. El año 1870, comienza el resquebrajamiento de su salud que, lenta pero diariamente se acentúa hasta morir en los albores del año 1883. Mas para comprender mejor su vida deben desfilar varias personas que influyeron decisivamente en ella.

Juanita de Westfalia. La bella hija de los Barones de Westfalia le entregó su cariño con donación total. Más aún, reconoció en su marido una vocación social, una tendencia apasionada de altruismo; aceptó la idea de que Carlos, como le decía su suegro, estaba predestinado al servicio de la humanidad y ante esto, sacrificó las exigencias naturales del hogar, se acopló a las actividades del marido y fue en sus horas sombrías apacible luz que iluminó su senda y estimulante cariñoso que alentó su corazón. Dentro del hogar se sucedían las catástrofes con ritmo creciente y aun después de muertos los padres parecían querer acabar con su descendencia.

Siete fueron sus hijos; de ellos uno nació muerto; cuatro desaparecieron en edad temprana y las dos hijas que les sobrevivieron, se suicidaron. Ni para la urna tenían cuando murió de bronquitis la pequeña Francisca y cuenta la madre cómo dejaron el cadáver en un cuarto, mientras todo el hogar se apretujaba en otro para dormir en el suelo. Gracias a que un refugiado les prestó dos libras esterlinas para la urna.

La pobreza les perseguía doquiera pero en gran parte la culpa era del padre. No quería ponerse a trabajar en un sistema capitalista, amasado según él con injusticias y odiado de corazón. La vez que consiguió un puesto en una compañía de ferrocarriles, lo echaron por su mala letra. "Ni de casa puedo salir, escribía a Engels, por tener toda mi ropa empeñada". A propósito de los ingresos por el 1er. Tomo de su obra "El Capital" le decía: "Esta obra no me producirá el dinero suficiente para pagar los cigarrillos fumados mientras la escribía" Al ir en otra ocasión a una casa de empeño con la vajilla de su esposa, donde aparecía grabada la corona de sus ascendientes, los Duques de Argyll, la policía lo detuvo con sospechas de hurto. Aquel error costó a su señora una noche de lágrimas y a Marx un acceso de furia que se le renovaba con el fatídico recuerdo.

El Gobierno de Prusia no le perdía de vista y una red de espías seguía sus pasos. Es interesante la descripción del hogar que manda uno de ellos.

"En medio de la sala hay una gran mesa cubierta con hule. Encima se ven apilados manuscritos, libros y papeles; los juguetes de los niños, la costura de la esposa, tazas medio rotas de té; sucias cucharas, tenedores y cuchillos, lámparas, vasos, un tintero, pipas de yeso, cenizas de cigarros; en una palabra aquello es una Babel indescriptible. Los ojos se ciegan entre el humo del carbón y del cigarro; aquí se encuentra uno como tanteando en una cueva hasta acostumbrarse a la obscuridad de donde comienzan a emerger los objetos... El sentarse resulta peligroso. Una de las sillas tiene tres patas; en la otra que queda juegan los niños en oficios de cocina y es la que ellos ofrecen al huesped. El sentarse puede ser la ruina de los pantalones".

No queda en esta descripción bien parada la bella Juanita. Sin duda que la lucha continua y la pobreza constante fueron agotando sus cualidades y esfuerzos de ama de casa; fué descendiendo a aquel estado de miseria que con los años se le hizo connatural. Pero de sus labios, ni siquiera en los momentos más angustiosos salía una palabra lacerante. Cuando en las situaciones trágicas Marx se sumergía en el estudio favorito de las Matemáticas, lo sacaba de sus meditaciones una blanda mano que lo acariciaba y una voz dulce que como gran reproche le decía cariñosamente: "Este mi muchachote!!!".

Feliz con su suerte aceptaba el destino de la incapacidad de aquel hombre

que no podía compaginar el manejo económico de su casa con su misión vocacional de arreglar la cuestión económica del mundo. Nada tiene de extraño que aquella naturaleza se rindiera y que se despidiera de esta vida con unas últimas palabras que suenan como la expresión de una donación total de su vida a su esposo: "Carlos, mi fortaleza se quebró".

Engels. Con rasgos similares y con bondad también ilimitada aparece junto a Marx su compatriota Federico Engels. Hacia 1844 y con motivo de su colaboración en la Revista "Anales franco alemanes" editado por Ruge y Marx, entabló relaciones amistosas con este último, tan desinteresadas, tan fieles y tan constantes que puede considerarse la suya, modelo de amistad. Nadie podía parar junto a Marx largo rato. Su caracter autoritario, vehemente y egoista rompía inmisericorde con sus compañeros y por más que amigos, como Bauer le indicasen que "para ganarse la voluntad de tales personas (los editores) hay que usar otras formas que para tratar con la lavandera" en su aislamiento desdeñaba olímpicamente esos consejos. Para él todos eran lavanderas y a todos trataba despóticamente, menos en el hogar.

Sin embargo Engels no se separaba de su lado. Generoso sin pretensiones el año 1848 le entregó a su amigo 9.770 marcos; le señala una pensión anual de 7.000 marcos que, a veces por motivos de salud llegó un año hasta 15.000. Enemigo del sistema capitalista, sigue de patrono en Manchester para poder ayudar a su amigo en sus apuros. Metido en las actividades fabriles del capitalismo es como "el ojo" que le denuncia todas las anormalidades del sistema; en su libro sobre la situación de los obreros en Inglaterra (1845) amontona copiosos datos; elabora y publica con Marx el Manifiesto Comunista; procura despertar el interés sobre el primer volumen de la obra "EL CAPITAL" con juicios y recensiones a veces en pro y a veces en contra. Muerto el amigo en 1883 recopila los materiales dejados, los ordena y publica el tomo 2º y 3º de "EL CAPITAL" (1885).

Hasta tal punto se funden las vidas y las actividades de estos dos hombres que es difícil señalar la parte que a cada uno le pertenece. Engels voluntariamente reconoció la superioridad de Marx y la posteridad ha aceptado ese generoso gesto, condenándolo casi al anonimato, mientras que su amigo invade el mundo entero. Con razón escribe Deville: "Tal es la identificación entre estos dos compañeros de armas, amigos y colaboradores, que la crítica futura podrá a duras penas discernir lo que corresponde a cada cual en la obra común. En esta comunidad, Marx pone la parte de poeta y pensador; Engels es el escritor y el hombre práctico. Y todo lo que cabe decir en abono de la paternidad de sus respectivas obras es que cada cual firmaba seguramente lo que era fruto esencial de su labor". Más aún; se puede afirmar que si las fórmulas abstractas y nebulosas de Marx han descendido hasta las capas populares, es eso efecto de la labor de Engels que en sus artículos y escritos las vistió con expresiones accesibles y estilo sencillo, asimilable por el pueblo.

Pero este fiel Acates hasta después de muerto lo acompañó. Sobre la tierra que cubrió su urna, cayeron estas flores que recogió Engels en el huerto de la amistad: "Cesó de pensar el más excelso pensador conemporáneo... El descubrió el hecho sencillo de que la humanidad debe primero comer, beber, cobijarse y vestir antes que preocuparse de política, religión, ciencia y arte..."

La herencia que dejaba a la humanidad y el caracter que la informaba lo expresó Marx en uno de tantos accesos de furor que le asaltaban: "Yo espero que mientras vivan, van a acordarse los burgueses de mis carbunclos".

(Continuará)

Víctor Iriarte.